

Premios y distinciones

Daniel Reséndiz Núñez, décimo *Honoris Causa* de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo

El grado de Doctor *Honoris Causa* es el más alto galardón que puede otorgar una universidad y se concede a quienes por su amplia trayectoria son considerados como modelos de vida

Por su brillante trayectoria y sus contribuciones al desarrollo de la educación superior y la investigación en nuestro país, Daniel Reséndiz Núñez recibió el grado de Doctor *Honoris Causa* de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo (UAEH).

La ceremonia tuvo lugar en la Sala del Honorable Consejo Universitario de la UAEH, donde el rector Luis Gil Borja, en su carácter de presidente del Consejo Universitario, subrayó que “el doctor Reséndiz Núñez es un mexicano ejemplar, orgullo de los hidalguenses y modelo a seguir de los universitarios. A lo largo de 50 años, ha realizado numerosas aportaciones en el ámbito académico; es autor o coautor de diez libros especializados, más de 250 artículos y otras publicaciones sobre ingeniería, educación y política científica. Asimismo, ha sido reconocido como uno de los mejores expertos en el campo de la mecánica de suelos”.

Entre las muchas distinciones, reconocimientos y premios que Daniel Reséndiz ha recibido destacan los siguientes: Premio Nacional de Ciencias y Artes del Gobierno de México, Premio Elías Sourasky de Ciencias, miembro emérito del Colegio de Ingenieros Civiles de México; miembro honorario de la Sociedad Mexicana de Mecánica de Suelos y de la Academia de Ingeniería de México, Fellow de la American Society of Civil Engineers, integrante del Consejo Consultivo del Consorcio de Universidades Mexicanas y del Comité Asesor de la ONU sobre Ciencia y Tecnología para el Desarrollo (1987-1991).



Ha sido director del Instituto de Ingeniería (1974-1982) y de la Facultad de Ingeniería (1987-1991), en la UNAM; presidente de la Academia Mexicana de Ciencias (1980-1981), secretario general del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (1982-1987), presidente del Fondo de Estudios e Investigaciones Ricardo J Zevada (1987-1991) y presidente del Patronato de la Universidad Autónoma Metropolitana (1991-1995).

En el sector público se desempeñó como subdirector técnico y subdirector de Programación de la Comisión Federal de Electricidad (1991-1994 y 2001-2004, respectivamente) y como subsecretario de Educación Superior e Investigación Científica del Gobierno Federal de México (1996-2000), entre otras responsabilidades.

Premios y distinciones

Actualmente es investigador emérito de la UNAM; miembro del Comité Asesor en Seguridad Estructural del Gobierno del Distrito Federal; miembro titular del Seminario de Cultura Mexicana e integrante del Consejo Consultivo de Ciencias de la Presidencia de la República y del Consejo de la Crónica de la Ciudad de México.

DOCTORES *HONORIS CAUSA* DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE HIDALGO

Daniel Reséndiz Núñez (2009)
Gabriel Vargas Bernal (2008)
Miguel León-Portilla (2007)
James E Foster (2007)
Elisa Vargaslugo Rangel (2006)

Raúl Anguiano (2004)
Carlos Monsiváis (2004)
Guillermo Soberón Acevedo (2004)
Mario J Molina Henríquez Pasquel (2002)
José Sarukhán Kérmez (1997)



capacidad de autogobierno responsable es otra de sus fortalezas. Las lecciones que esta historia encierra son de altísimo valor para la educación superior del país, porque constituyen un ejemplo a emular. Me alegro de todo ello por su propia comunidad, por la sociedad a la que se debe, por el estado de Hidalgo que la alberga, protege, nutre y necesita, y por las expectativas que esta experiencia, si se multiplica, abre para México.

Y ahora, habiendo expresado mis agradecimientos, pido la venia de este honorable Consejo para compartir con ustedes la obligación universitaria y ciudadana de pensar en el futuro de nuestro país.

La degradación que hoy sufre la sociedad mexicana proviene del pernicioso ejemplo que durante mucho tiempo han dado privilegiados y visibles personajes del poder económico y político. Los hechos no dejan duda de que desde ahí se ha infiltrado el afán de lucro sin medida, ese poderoso corrosivo que hoy contamina a muchos en todos los estratos sociales y da por resultado el espectáculo que a diario nos horroriza. La educación es uno de los medios para salir de esta situación, siempre que

estemos conscientes de que educar es necesario pero no suficiente; para que la educación fructifique se requiere el complemento de políticas orientadas a atenuar las terribles desigualdades económicas de nuestra sociedad.

Tales políticas son un imperativo de justicia para los desheredados, pero incluso desde una óptica egoísta harían bien a los demás, pues nadie puede sentirse seguro, y menos aún ser feliz, en donde más de la mitad de la población tiene insatisfechas sus necesidades básicas de alimentación, vivienda, salud y educación. Esa persistente injusticia hoy se agudiza por la crisis económica mundial, que aquí no se está enfrentando con la decisión que las circunstancias exigen. Los jefes de familia sin ingresos son millones y su número crece día a día, mientras cientos de miles de jóvenes, que incluyen a decenas de miles de recién graduados de nuestras universidades, están entre los más castigados porque se les priva no sólo de ingresos, sino de esperanzas.

Es entonces evidente que se requiere una política de creación de empleos más ambiciosa que cualquiera de las que están implantándose en países

todas las épocas, tanto ilustres como anónimos, que son autores de todo lo que vale de este país. Guardo honda gratitud a esos mis entrañables personajes y, a la vez, a tres instituciones: la Universidad Nacional Autónoma de México, cuya rica diversidad propició y luego albergó los afanes de toda mi vida adulta; Harvard University, donde recibí, además del afecto del más grande profesor de mi especialidad, la revelación de invaluable sutilezas acerca del saber, y esta Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, que confirmó mi fe en el potencial de nuestras universidades autónomas para regirse y superarse a sí mismas. Si bien no es ésta una universidad a la que haya dedicado yo tiempo o esfuerzo significativos, me satisface reconocer que su exitoso proceso de mejoramiento académico y transformación política es una de las experiencias más gratas y convincentes que he podido observar en la educación superior de México. Tengo el privilegio de haber atestiguado ese largo proceso; de conocer a los protagonistas del mismo, algunos de ellos aquí presentes, y de haber constatado los actos concretos que han hecho de ella una de las mejores universidades del país, una auténtica comunidad de aprendizaje cuya



con equidad social mayor que la nues-
tra. Si soslayar el drama de tantos
adultos y sus familias es más que un
crimen, hacer otro tanto con los recién
egresados de la educación superior es
un suicidio, pues se trata del segmen-
to social que más puede contribuir a
generar riqueza. De seguir así, la edu-
cación ya no producirá movilidad so-
cial; durante gran parte del siglo XX
la produjo porque a su vez crecía el
empleo, que hoy más bien se esfuma.

Así pues, lo urgente en el México de hoy
es ampliar la educación con calidad y
a la vez crear empleos. Si la ausen-
cia de políticas gubernamentales para
estos fines se quiere justificar con un
dogma macroeconómico, bastan los
resultados a la vista para demostrar
que ése es un dogma falaz.

Por lo pronto, me uno a las muchas vo-
ces que piden poner a las universidades
públicas a salvo de recortes presupues-
tales, cuyas consecuencias equivaldrían
a tirar por la borda, con gran costo
monetario y anímico, los logros que la
mayoría de ellas ha alcanzado. Si no se
les protege, se dilapidará la inversión
económica y los largos años de laborio-
sidad que hace poco permitieron inte-
grar en muchas de esas instituciones,
por primera vez en su historia, cuer-
pos académicos con altos estándares:
formidable activo del que hoy depende
todo lo demás que en pro de la calidad

quiera hacerse en la educación supe-
rior. Preservar tal riqueza intelectual
y proveerla de medios para funcionar
a plenitud es lo mínimo que de inme-
diato debe hacerse. Luego deben venir
programas más ambiciosos, tanto en
lo educativo como en la generación de
empleo, pues de ambos requerimos
para no hundirnos.

Ahora bien, debemos reconocer que
como ciudadanos también tenemos
responsabilidad en el desastre nacio-
nal que hoy vivimos. Aunque la degra-
dación moral se haya infiltrado desde
ciertas elites y los dogmas falaces ha-
yan sido impuestos desde la insensi-
bilidad tecnocrática, el hecho es que
los demás no hemos atinado a crear
una fuerza ciudadana que lo impida y
salve a nuestra imperfecta democracia.
Para que esto sea posible en el futu-
ro próximo, también las universidades
deben repensar su quehacer, pues han
de contribuir a que sus estudiantes
cobren conciencia de que la encrucija-
da tiene salidas y de que ellos podrán
contribuir a que se abran. Sin soslayar
otras facetas de su misión educativa
y sin caer en la tentación simplista
de inculcar a sus educandos, las
universidades deben plantearse cómo
asumir la obligación de formarlos
como ciudadanos, pues quienes de
ellas egresan constituyen, por edad y
potencial, nuestra más cercana espe-
ranza de lograr las transformaciones

necesarias. Las universidades tendrán
que dotarlos no sólo de conocimientos,
sino también de convicciones para no
sumarse a quienes, por egoísmo miope,
menosprecian y finalmente olvidan a
los excluidos de siempre, que son nada
menos que la mitad de sus compatrio-
tas; necesitamos formar profesionales
poseedores del saber universal y a la
vez conocedores de su país, no tecnó-
cratas creyentes en dogmas según los
cuales podemos encomendar a exper-
tos extranjeros la solución de nuestros
problemas.

Aunque esa misma tecnocracia no pa-
rezca entenderlo, cabe recordar que el
Estado existe para encabezar las ac-
ciones nacionales socialmente reque-
ridas, por encima de cualquier otro
designio. Por eso es que el Estado debe
ofrecer a las instituciones educativas,
sin reticencias, el apoyo que de común
acuerdo con ellas haga falta para que
cumplan su misión. Con ese apoyo,
cada institución, cada comunidad de
aprendizaje, habrá de hallar y pulir
la manera de lograr esa más plena
formación de la juventud, del mismo
modo que cada una ha ido encontran-
do la vía para superarse en muchos
otros aspectos.

Hago votos porque así sea, y si no, que
la ciudadanía lo demande.

Pachuca, Hgo, junio 23 de 2009